

Elogio del desecho*

<https://doi.org/10.22395/csye.v12n24a13>

François Dagognet

Traducción del francés al español de Luis Alfonso Paláu Castaño
Universidad Nacional de Colombia, sede Medellín, Colombia
lapalau@gmail.com

El pensamiento clásico no le atribuye para nada valor al objeto, considerado como exterior y simplemente utensiliar (y el filósofo especialmente solo piensa o solo se expresa en un auditorio o un salón de clase que está vacío, si se excluye el tablero y los pedazos de tiza ¡que rara vez se utilizan!). La literatura tradicional también lo ignora; solo evoca algunos —candelabros, tapicerías, un secreter, un espejo— que le valgan como ornamentos o símbolos.

Es el sujeto el que merece todas las preferencias; él constituye el reino de la interioridad; él define la personalidad que, por lo demás, lejos de perderse en lo que la rodea, es ella misma la que lo constituye.

Fueron los griegos los primeros en establecer la distancia entre el individuo y lo que lo rodea afuera, a tal punto que el hombre libre estaría emancipado de las menores manipulaciones y evitará todo lo tocante al uso (lo doméstico, lo útil, lo práctico). El artesano que fabrica productos y que trabaja los materiales no podría pretender —según Aristóteles— el título de ciudadano. Por su lado, Platón le había reservado solo a los metecos las ocupaciones manuales y mercantiles; levanta su Ciudad lejos del río o del mar con el fin de que no conozca la tentación de los tráficos.

Si nuestras sociedades actuales han renunciado a este “odio por el objeto” —la sociedad llamada de consumo llega hasta festejarlo, fetichizarlo— por el contrario ahora participan de otra cruzada: el rechazo de lo dislocado, sucio, ajado (guerra a las carcasas de los vehículos, al viejo electrodoméstico, a los recipientes de plástico, a los guñapos, a los residuos de toda naturaleza, a

* Cómo citar: Dagognet, F. (2023). El desecho, el desperdicio, la nada (L. Paláu, trad.). *Ciencias Sociales y Educación*, 12(24), 332-343 <https://doi.org/10.22395/csye.v12n24a13>

Referencia del texto original: Dagognet, F. (1999). Éloge du déchet. En J. C. Beaune (dir.), *Le Déchet, le Rebut, le Rien* (pp. 200-209). Champ Vallon.

Agradecemos la editorial Champ Vallon el acceso del libro en francés para su versión, en partes, en español. Se conserva la versión editorial en francés.

Recibido: 10 de octubre de 2023.

Aprobado: 19 de octubre de 2023.

todo lo que afea y atesta). Por lo demás estamos afectados de un fantástico atragantamiento, tanto más cuanto que fabricamos mercancías poco robustas (ellas cambian entonces de aspecto a toda velocidad, y por tanto se pasan de moda pronto; y nosotros las abandonamos). Pero, por otra parte, es necesario embalarlas (el continente ayuda incluso a valorizar el contenido como a protegerlo, al menos contra el robo) lo que añade aún a la acumulación. Nuestro mundo, de acá en adelante asfariado, se caracteriza por las cantidades eliminadas (los vertederos) y la dificultad de encontrar lugares que acepten recibir o enterrar la cantidad de detritos. Muchísimos municipios se niegan a servir de basureros.

Ya no son los objetos los despreciados sino ante todo su cantidad, y sobre todo el hecho de que se arruinen rápido o se arruguen o se deprecien, a tal punto que terminan por invadirnos y ensuciar nuestras ciudades, así como nuestros paisajes.

Nos proponemos en este escrito ir a contracorriente e impedir la furia eliminadora, despreciativa y purificadora.

¿Cómo el filósofo no iba a ser atraído por esas operaciones que regeneran lo que hasta entonces se consideraba como nocivo, muerto e inútil? ¿Cómo no alegrarse con la posibilidad de un “tratamiento” industrial?

Es verdad que se lo denuncia inmediatamente; se discute su éxito. Distingamos tres tipos de sustancias, pues todas no autorizan las mismas observaciones. Olvidemos, o dejemos de lado, las bio-degradables (los orgánicos) porque estos no plantean problema; se pudren y llegan incluso hasta proveernos residuos fertilizantes (abono-compost). Pero la segunda categoría, la de los cuerpos que contienen metales pesados o sales más o menos tóxicas, así como también las basuras domésticas de toda índole, pueden inquietarnos seriamente; es preciso incinerarlas. Ahora bien, las fábricas que los queman emiten al aire humos-venenos, por esto la cancerogenicidad engendrada por las dioxinas, entre las cuales la más temible se llama el 2,3,7,8 tetraclorodibenzodioxina (la TCDD). Por tanto, luchando contra lo que nos invadía y hacía daño, atragantamos a nuestra atmósfera de lo pestilencial. ¿Dónde está la ventaja? Y las asociaciones de ambientalistas exigen el cierre inmediato de esas fábricas siniestras y mortíferas, tanto más cuanto que uno no puede asegurarse contra esas emisiones dispersivas.

Los opositores a nuestro sistema pretendidamente regenerador han tenido buen juego aquí: lo que creíamos eliminar nos ha regresado bajo una forma mucho más taimada y más maligna (polvos). En todo caso, los desechos incinerados producen otros y, además, nos dejan residuos últimos que no sabemos todavía dónde depositar. No podríamos llegar hasta la materialidad caída

(nos estamos orientando hacia el tema de la materia maldita). Y no descuidemos el hecho de que, para ser desintegradas parcialmente las sustancias usadas, se exigen medios financieros ruinosos, porque es necesario recogerlas, transportarlas, seleccionarlas y finalmente tratar de disminuirlas o suprimirlas. Y ni así nos desembarazamos de ellas, ni impunemente.

Pero es el tercer tipo de sustancias —las radioactivas— las que sirven de diana; ¿cómo protegerse de las radiaciones de uranio (el combustible de la central nuclear) puesto que algunas de esas radiaciones (las gamma) son difíciles de detener y afectan a los seres vivos? Se intenta, por supuesto, enterrarlas a una gran profundidad y, en lo posible, luego de un examen geológico que indique la existencia de terrenos o de rocas (las arcillas) impermeables y, por tanto, defensivas; pero debemos saber que esos “desechos” solo pierden lentamente su peligrosidad (decenas, cuando no centenas o miles de años). Vivimos sobre un volcán; será suficiente con que el suelo se abra o se remueva para estar súbitamente expuestos a lo peor!

Pero nosotros no participamos de la campaña, pues nos parece que la requisitoria descuida todo lo que podría impedir o debilitarla; nos parece que lo esencial se ha silenciado. ¿A quién le van a hacer creer que la tecnología no puede llegar a resolver esos problemas y que ella no logrará desagregar lo que rechaza (resolver en sus constituyentes elementales, neutros e inofensivos, los compuestos tóxicos)? Es completamente evidente que la central incineradora debe dejar de funcionar desde que no cumpla con las normas (fijadas por la Dirección de Prevención de Contaminaciones y Riesgos, la DPPR en francés) y que ella no cese la peligrosidad de sus emanaciones (o sus efluentes deletéreos). Pero recordemos un cierto número de éxitos tecnológicos, gracias a los cuales nosotros nos eximimos de las visiones apocalípticas:

1. Los residuos nucleares no están almacenados en lo más profundo de la tierra (pozos de cien metros); también están encerrados en cementos hidráulicos que van a solidificarse; o ahogados en cofres de hormigón; otros serán echados en continentes de vidrio refractario o de acero inoxidable. Igualmente, no entremos en pánico sin fundamento, pues un temblor de tierra no liberaría un bombardeo termo-nuclear.
2. Las fábricas de incineración no se limitan a quemar los desechos; ellas aprovechan de ese fuego la energía térmica que será transformada en eléctrica. Además, de los restos de semejante incendio se recogerá un producto nuevo, el cagafierro, especie de escoria nacida de los metales dispersos en la masa pero fundidos de acá en adelante los unos con los otros; este material resistente, compacto y también liviano, entrará en la construcción.

3. No insistiremos nunca lo suficiente sobre los procedimientos de valorización que nos procuran lo mejor a partir de lo peor. Y para nosotros, filósofos, lo importante es que la eliminación se vuelva producción (lo que se fabrica y lo que se rechaza son la misma cosa).

Se obtienen entonces sustancias nuevas con la ayuda de las que se abandona y que se consideraban gastadas (por esto el reciclado). Conviene sin embargo prever muchas fases a veces complejas o arduas, con el fin de lograr esta reviviscencia; por ejemplo, las materias plásticas (quebradas o alteradas) son a la vez heterogéneas, eventualmente incompatibles entre ellas y con frecuencia coloreadas; también es necesario calentarlas todas, triturarlas, homogenizarlas, antes de recoger un “sustrato virgen e íntegro”. Lo mismo ocurre con las fibras celulósicas (los papeles viejos, los tejidos deshilachados); se les debe retirar las tintas, los adhesivos, las gomas, todo lo que los aglomera y los aprieta; la depuración se impone antes de que se logre lo que alimentará las cadenas productivas (de pasta, del cartón corrugado, de los empaques).

4. ¿Sabemos suficientemente que el revestimiento rígido de las autopistas implicaba la fatiga debido a su falta de flexibilidad (los vehículos rebotan sobre él) y sobre todo del ruido que se produce? La química de la carretera ha logrado ensordecerlo, e incluso ahogarlo, por medio de la incorporación de llantas usadas y reducidas a polvo.

De este modo, el “desecho” merece otra cosa que la repulsión o la evicción (claro que no vamos a llegar a decir que “el oro está en las basuras”); la tecnología actual ha podido trabajar en su recuperación, en su redención.

En suma, toda materia es buena y lleva consigo con qué satisfacernos. Y nos felicitamos sobre todo de que lo mismo —la misma sustancia— pueda entrar en productos diferentes, o ejerza roles distintos (en efecto, el plástico llamado regenerado servirá de forma diversa al plástico primero). Dejando de lado las aplicaciones, nos alegramos filosóficamente de que la materia renuncie a la fijeza (se la podría haber creído emparedada en una forma o un uso) mientras que ella puede circular, regresar y beneficiarse de un poco de ubicuidad.

Las ciencias de los materiales han sido también contaminadas, al menos en un período, por el frenesí repulsivo que golpea las escorias o los residuos operacionales, así como todos los cuerpos negros, pegajosos, de olor y sabor empireumáticos. El pneumatismo y una especie de sobrenaturalidad, el culto o la sola búsqueda de lo “puro”, se han impuesto entonces; el experimentador solo busca extraer “el espíritu” (lo espiritual) o el aceite o la sal, para no mencionar el mercurio (cuando se trata de los metales), de los cuerpos pesados o de

los mixtos que contienen un pasivo que hay que excluir, la tierra y el agua. Se recurre al fuego, y por eso tenemos con frecuencia la destilación, la sublimación, la vaporización; y cuando no se tiene el calor separador, se cuenta con el filtrado o incluso con la cristalización. El flogisto tenía que ver con este mismo proceder; se trataba todavía de liberar lo que las sustancias encierran, una especie de fuego que solo pide quemarse y elevarse.

Sin embargo, lo reconocemos, el químico (o el alquimista) no expulsa por entero esta materialidad, pesada y cuasi excremental, porque ella continúa detentando lo que difícilmente se le logra arrancar: una riqueza residual y como inherente. La llama “cabeza muerta” o *caput mortuum*. ¿Por qué este nombre? Pues Nicolas Lémery, en su *Curso de Química* (edición de 1690), nos lo explica: “a (esta tierra) se la llamó cabeza muerta, o cabeza condenada, luego de que se le retiraran los principios activos. Este nombre de cabeza viene de que antes de ser separada ella encierra las partes espirituosas y esenciales del mixto, así como la cabeza del animal encierra los espíritus más sutiles. En cuanto a los epítetos que se le da, de muerta y de condenada, se ha querido dar a entender con ello que al ser despojada de todo lo que contenía de principios activos, ella ya no estaba en condiciones de producir ningún efecto” (Lémery, 1690, p. 32). Pero Lémery no está de acuerdo y tempera esta violencia eliminadora o depreciativa; por consiguiente, añade: “sin embargo, se podría ser más caritativo con respecto a esta pobre tierra y no condenarla tan fácilmente; sin duda que el origen de esta denominación viene de algún alquimista de mal humor que, no habiendo encontrado lo que buscaba en la tierra de los mixtos, la maldijo” (Lémery, 1690, p. 32). Efectivamente, ella tiende a conservar consigo principios que la originalizan (la prueba está en que las tierras no se parecen); además, el médico no dejará de recurrir a ella para sus composiciones, tanto más saludables cuanto que son raras (se reunirán los cuerpos más heteróclitos, los que no se pueden descomponer, las piedras, la madera, minerales, etc.).

La ciencia no tardará en librarse de esos prejuicios a nombre de los cuales uno se aleja de lo “repugnante” (sensorialmente hablando, lo que huele mal, los residuos y los despojos, como si la sustancia asegurase ella misma la selección, y abandonase lo que ya no cuenta, lo inerte y lo pesado).

La ciencia encontrará pronto en lo residual (el cieno, el limo, el lodo) novedades que los cuerpos llamados puros y homogéneos no nos dan. Por ejemplo, en 1826, Balard sacaba de las aguas-madres de los marismas salados —aguas espesas y sucias— un líquido nauseabundo y parduzco, el bromo (del griego *bromos*, para significar la fetidez o la pudrición); y este metal líquido siempre se lo descubre en estado de combinación con el magnesio o el sodio. Comenzamos a alejarnos de lo etéreo (valorizado) o de lo volátil (gas, *Geist*, espíritu) incluso

si el químico continúa aún “desflegmando”, es decir: expulsando la humedad o lo acuoso corruptor que envuelve a los cuerpos; cree su deber librarlos de sus “menstruos”. Pero ¿no va a obtener cenizas y alquitranes, de todo lo que se adhiere a los aparatos?

El resultado más fulgurante, y el más contrario a la corriente “separadora”, ha consistido precisamente en tener en cuenta los residuos (los detritos) de la refinación (el coaltar), lo que nos arrojó la serie de los carbonos llamados aromáticos, así denominados porque algunos de ellos desprenden seguramente un olor agradable; pero no olvidemos que muchos otros, por el contrario, tienen que ver con lo infecto; y esos hidrocarburos, todos cíclicos, se oponen por lo demás a los hidrocarburos de estructura lineal. Es ya el primer paso; se recupera lo abandonado (y que es lo más repulsivo y pringoso). El segundo quiere que, yendo en esta dirección, vayamos hacia los colorantes sintéticos, que reemplazarán los que nos daban los vegetales y principalmente sus flores —el añil, la granza— y que nos permitían teñir nuestras telas. Y lo que acá nos regocija es que el más tornasolado, el (color) más impalpable, nos venga del petróleo, de su parte más pesada y espesa.

Perkin parte de la anilina, próxima a nuestros carburos aromáticos, y obtiene una pasta incolora que, disuelta en alcohol, se transforma en una intensa solución violeta. El gesto repulsivo no tardará; la mayor parte de las personas, en presencia de semejante espectáculo tan maravilloso, solo ven en esta tintura la prueba de una mezcla o de una impureza; solo quieren lo transparente (en lo posible cristales blancos). Por el contrario, Perkin se detiene en lo devaluado. Comienza acá el reino de la anilina que habría de volverse el florón de la industria química. Pero insistimos: en dos ocasiones el analista se ha cuidado de eso que prevalece (eliminar lo impuro): una primera vez, cuando estudió los restos de la refinación; y una segunda vez, cuando se apasionó por un hallazgo que le abría la puerta a la colorimetría artificial.

La ciencia experimental pone fin a su puritanismo; la medicina, entre otras, se dedica a los mohos, a los terrones de tierra (la ciclosporina < un péptido no ribosomal cíclico de 11 aminoácidos (undecapéptido) producido por el hongo *Tolypocladium inflatum* Gams, aislado inicialmente de una muestra de suelo noruego >), a las cortezas, a las envolturas, a las cáscaras; ella llama la atención contra los excesos de “purificación” puesto que el arroz privado de su parte leñosa suscita el temible beri-beri, una polineuritis paralizadora. ¿Por qué excluir lo que rodea al vegetal o al grano, para solo quedarse con lo que se encuentra en la mitad, como si la planta hubiera alojado allí, en su corazón, la quintaesencia? Por lo demás, el verdadero médico se reconoce en este signo: que tiene en cuenta los exudados, las sanies, las deyecciones, los loquios; incluso llega a examinarlos puesto que no hay nada en el cuerpo que sea insignificante.

La higiene no consiste —como se lo cree— en huir del mal (lo infecto, lo purulento), o en declararle la guerra a la mugre; a menudo se cura el mal con el mal (la vacunación). Y el que está acostumbrado a la agresión, cualquiera ella sea, la tolera y escapa de ella. Cuidado con preservarse demasiado o encerrarse en una burbuja de cristal! ¿No se convertirá en el más vulnerable?

En un dominio completamente diferente, hemos aprendido que arqueólogos habían encontrado, gracias a la paleo-parasitología (pesquisas en los retretes construidos entre 1680 y 1715), con qué reconstituir los hábitos alimenticios así como las afecciones que sufrían los cortesanos del Gran Siglo, o al menos aquellos que iban a las cacerías organizadas por el Rey Sol; esta neo-disciplina se apoya en los restos de comidas —la fecalidad— y, a partir del inventario de los elementos parasitarios que subsisten, se vuelve posible reconstituir el entorno de la corte real. El historiador no iba a pasar de largo ante este conjunto documental. Una disciplina vecina —la criminología— trabaja sobre las mismas “trazas”, las multi-huellas, las escupas, las mucosidades, lo sanguinolento, las escamas y también lo excremental, todo lo que exuda del cuerpo, porque conviene aquí no eliminar nada; lo más ínfimo como lo más repulsivo puede entregar lo que se busca.

Recordemos aún que la ciencia de Pasteur nació de una cuestión aparentemente anodina: un sedimento (el paratartrato) se aglomera y se pega incluso a las paredes de los toneles en el momento de la vinificación. Ahora bien, esta sustancia difiere de la que se recogía (el tartro, para la que había un mercado). Las dos sales son diferentes, aunque de composición idéntica; ¿cómo así? Todo no deja de venir de ese super-desecho (super porque además de ser desecho como el otro, este es inaceptable, desconcertante para el fabricante). Por ello vamos a retener que lo insignificante o lo alterado puede conducir a lo revolucionario. Asistimos a un volteo (con respecto a la ciencia de los siglos XVII y XVIII); es del lado de lo atípico (lo nauseabundo, lo enmohecido, lo impuro) por donde viene la verdad, como si la propia materialidad favoreciera ella misma, a través de su propia descomposición, o en sus fases más repugnantes, la lectura de su estructura o la aparición de sus constituyentes que se desligan los unos de los otros.

Pero es sobre todo el arte contemporáneo el que debía encontrar en lo arruinado o gastado el instrumento de su fiesta; todos los artistas plásticos han elegido esta vía: los Spoerri, los Schwitters, los Beuys, los Boltanski, los Requichot, etc.; y querríamos proponer una explicación que justifique esta atracción por lo que las sociedades rechazan o destierran.

1. Primero, los artistas protestan así contra nuestro universo gastador que dilapida sus bienes, cuando a los más desfavorecidos les falta lo esencial; se bota a manos llenas; solo se fetichiza lo nuevo, lo íntegro y el oropel.

Se comprende con qué energía de protesta se dedica el arte a lo derruido y a lo abandonado. Este último se impone tanto más cuanto que lo que generalmente pierde al objeto, o al menos lo deprecia estéticamente, es que estamos agarrados de patas y manos a su valor de uso, como también a su valor de cambio, puesto que él mismo es una mercancía que circula. Lo utensiliar lo acapara y lo roe, a tal punto que no lo vemos. Pero, cuando deja de funcionar, nos llega en su desnudez sustancial. Duchamp lo captó muy bien; sus “ready-made” lo certifican, a la manera de su porta-botellas que permanecía en la cava, donde ya no servía para nada, y que él saca a la luz. Liberado de su rol, su sola arquitectura, sobria e incluso austera —es el despojamiento, lo mínimo— sorprende y place. Así mismo, los viejos vestidos, raídos y ajados, ya no nos atraen para lucirlos; aflora en ellos la sola materialidad de su textura.

2. Otra justificación, ya no socio-política sino metafísica: lo propio del arte consiste en revelarnos lo que nos estaba oculto, e incluso colocarnos en el nacimiento de nuestro mundo; alcanzamos así una simple y pura reticulación, el entrecruce de los primeros elementos que apercibimos tanto mejor cuanto que ellos comienzan a demolerse.

En lo andrajoso —los desechos vestimentarios— alcanzamos la primitividad (la trama). Y no podemos dejar de pensar tanto en Platón como en Descartes porque los dos reconocieron en esa textilidad de base (la pareja de la urdimbre y la trama) una situación morfogenética; asistimos a la emergencia de una organización sólida (y por lo demás ¿acaso nuestro cuerpo como el de todo viviente, vegetal o animal, no viene de un cruce de fibras que forman nuestros “tejidos”?). El tejedor y la encajera, con una casi-nada —la tenuidad al colmo— componen piezas resistentes. Acabamos de ser testigos de una disposición, mejor aún: de una creación.

Por tanto, ¿es necesario pasar por lo demolido o lo deformado? Estamos persuadidos de ello porque el traje no deshilachado, como toda mercancía lista para la venta, nos miente; el material, cualquiera sea, ha sido siempre recubierto de un unto, o de una laca, o de un barniz, o de un apresto, todos destinados a hacerlo más seductor y brillante (aunque ino todo lo que brille sea oro!). Colores e incrustaciones tienden a realzar el producto. Pero el desgaste borra bastante rápidamente aquello que solo ha sido puesto encima. Y para regresar al vestido, aquel que no ha sido usado está como tieso, como almidonado por una especie de caparazón, pues el vendedor busca obtener el “aspecto” de una tela que no se deshaga.

Vamos a alejarnos de una observación que piensa de otra manera los harapos; algunos imaginan que el artista plástico, a través de sus acumulaciones de

andrajos, merodea en torno a la muerte; lo que ha servido y que ya no lo puede más, concretaría la decadencia, la próxima aniquilación; y por esto un universo que no puede dispensarse de lo tenebroso ni disimular la fragilidad de lo que nos rodea. ¿Por qué no aceptar esta tesis? Por dos razones al menos: la primera —y acá nos inspiramos en Boltanski muy particularmente— lo íntegro y lo impecable no pueden prevalecer de una “historia”; más bien tienen que ver con lo inerte (pertenece claramente a una persona, pero ese propietario no piensa sino en “darles salida” y negociarlos; inada lo une a ellos!). Por el contrario, el vestido completamente estrujado y franjeado incluye en sí al que lo ha llevado. Recordemos a Diderot que nunca quiso separarse de su viejo batín; era como una imagen en negativo de él mismo (una especie de molde). Igualmente, en lo opuesto a la interpretación “mortuoria” que no compartimos, lo viejo y lo demolido han registrado el pasado y permiten vencer el tiempo (la memoria objetiva). Y ese arrugado con frecuencia es ya lo único que nos queda de los que nos han dejado (Boltanski compone especies de vastas estaciones-altares en los que cuelga los últimos trajes —los despojos— de los que iban a entrar en el campo de concentración; modestas luces iluminan esos vestigios que nos amarran como con un hilo —es el caso de decirlo— a esos mártires). No podemos ver aquí la obra o el recuerdo de la muerte, sino la posibilidad de un culto, y sobre todo del recuerdo.



Fuente: Dagognet (1999).

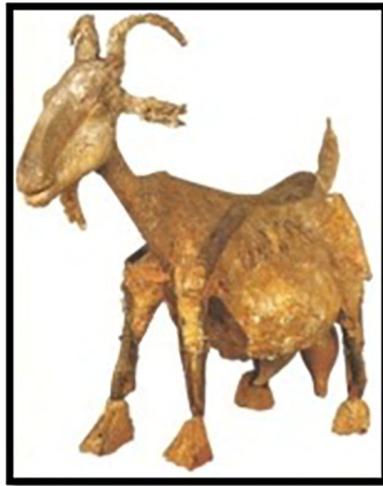
Otro argumento: estamos muy atentos al hecho de que Alberto Burri haya cosido primero en retazos pedazos de telas gastadas (los Sacchi), pero también ha recurrido a un madero que ardía, del que suspendía pronto la combustión dado que solo lo deseaba ligeramente calcinado (Legni). ¿Era para ofrecernos un mundo asesinado? Es posible pensarlo; pero nosotros creemos poder proponer otra hipótesis-explicación, la de un retorno a una cierta primitividad. Quitémosle al árbol lo que lo encierra, una corteza a la vez lisa y eventualmente coloreada (el gris, el verde, incluso el amarillo). Devolvámosle a la rama o al tallo su sola linealidad, esa que solo indica un empuje, una dirección, una eventual bifurcación; asistimos a una pura y simple ocupación del espacio. El fuego ha expulsado lo accidental y el artista lo ha suspendido en el momento en que se corría el riesgo de que atacara la sustancia. ¿Y hay algún color más ardiente que el negro, un negro carbonizado que la llama ha despertado y acentuado? Finalmente, ese madero cortado e incendiado es más que un desecho, es un super-desecho, puesto que se han intensificado su desnudez y su destrucción.



Fuente: Dagognet (1999).

3. Y como una justificación más esencial (luego de la socio-política y la metafísica), desarrollamos una especie de legitimación meta-técnica, e incluso religiosa: la resurreccionista; el artista plástico, amigo de nuestro mundo, busca no efectuar gesto de eliminación; va a recuperar lo que ha sido botado para conferirle una nueva vida, la más gloriosa.

Las grandes sustancias siempre nos han llegado después de haber conocido el aplanamiento, e incluso el aplastamiento; el pan (la harina) y el vino (el mosto) suponen una fase de triturado y de cuasi-demolición de sus constituyentes. A su manera, el artista plástico usa los mismos procedimientos (sacramentales); va hasta el “montón de basuras” y saca de allí pedazos, lo triturado, lo fofo. Miró, en 1928, realiza su *Bailarina* con la ayuda de un tapón de corcho, una pluma, una gruesa aguja torcida que clava en una bola, en suma: reúne fragmentos. Picasso en 1950, fabrica su *Cabra* con una vieja canasta de mimbre completamente descosida, con cartón, frascos de leche disimétricos; todos objetos en desuso. Los dos rehabilitan pedazos que ellos consideran como unidades, que ponen de acuerdo y armonizan con miras a su entrada en una obra particularmente sugestiva y acabada o atrevida.



Fuente: Dagognet (1999).

Nos place encontrar en nuestro arte contemporáneo lo que opera por su lado, *mutatis mutandis*, la técnica del reciclado: la reviviscencia de lo que se ha extinguido. Nuestro mundo no va hacia la desaparición; el creador detiene esta caída puesto que devuelve a la vida lo que parecía prometido a la agonía definitiva.

A fin de cuentas, ¿por qué nuestro aprecio por el detrito? ¿Por qué valorizarlo?

Primero, el filósofo no debe dejarse imponer su juicio a partir de las apariencias; debe incluso cuidar los movimientos, por no decir los desarreglos de la materialidad, el primer peldaño del ser. Si se lo ignora o se lo profana, se compromete todo el resto, se mutila nuestra “visión del mundo”.

Es claro también que el que se dedique a las eliminaciones intempestivas, por no decir rabiosas y securitarias (que sea expulsado lo roto, lo detrítico y lo podrido), corre el riesgo de deslizarse hacia discriminaciones más insostenibles: el menosprecio que cae sobre el hombre marcado por sus ocupaciones, el inferior, el disminuido, incluso el desfavorecido.

Referencias

- Dagognet, F. (1999). *Éloge du déchet*. En J. C. Beaune (dir.), *Le Déchet, le Rebut, le Rien* (pp. 200-209). Champ Vallon.
- Lémery, N. (1690). *Cours de chymie. Contenant la manière de faire les opérations qui sont en usage dans la Médecine, par une méthode facile. Avec des raisonnemens sur chaque Opération, pour l'instruction de ceux qui veulent s'appliquer à cette science. Septieme édition revue, corrigée & augmentée par l'auteur*. Estienne Michallet.